

Hasta ahora siempre había pensado que saber dónde empieza una historia era bastante más fácil que saber dónde termina. Para el comienzo de esta, para ese 'érase una vez' que dará pie a todo lo demás, elegiré el preciso momento en que me pregunté si Emilio, Daniel y Humberto me prestaban dinero porque eran mis amigos, o si eran mis amigos porque me prestaban dinero. Les debía más pasta que nunca, y aunque ellos nunca me pidieron que se lo devolviera, gracias a esa situación pude entender por primera vez qué significaba exactamente esa expresión que habla de 'estar con el agua al cuello'.

Era viernes y estábamos en Filosofía, penúltima hora de la tarde, sin prestar demasiada atención a las explicaciones del Tomás, que hablaba y hablaba sin parar acerca de la 'visión del mundo' que tenían unos tipos llamados presocráticos. Entonces me miré las palmas de las manos. Estaban enrojecidas y un poco hinchadas, como recién sacadas de agua a punto de hervir. Extraje de la cajonera la pequeña botella de agua mineral (procuraba tener siempre un poco de agua a mano, para no tener que ir al servicio en medio de una clase), saqué del bolsillo de mi camisa un comprimido suelto de *Emplutine* (siempre llevaba dos o tres encima, por si acaso), me lo puse sobre la lengua y acto seguido le di un trago a la botella echando un poco la cabeza hacia atrás, doblando un poco el cuello. Nadie se dio cuenta excepto Emilio, sentado a mi izquierda, Humberto, a mi derecha, y seguramente Daniel, detrás. Los tres siempre atentos, siempre vigilantes, siempre ahí, cerca. Mis tres mejores amigos. Los tres únicos amigos que yo tenía.

-*¿Tout bien, Jota des coeurs?* -me dijo Emilio en un susurro.

Después Daniel:

-Eh, Jota.

Y Humberto:

-Qué te pasa, chaval.

-Nada, nada, un poco de hiper, y ya está -dije en voz muy baja, mirando a mis amigos de uno en uno, poniéndole el tapón a la botella de agua y guardándola otra vez en la cajonera.

-Yo sí que te voy a dar hiper, chaval, pero va a ser de la buena, cuando acabe esta clase de las narices.

Ese fue otra vez Humberto.

-Cuando quieras y como quieras, Berto -dije.

Que yo recuerde, siempre he debido dinero a mis amigos, pero siempre me las he arreglado de alguna manera para devolverlo. El problema era que nunca les había debido tanto como entonces: unos cien euros en total.

-... naturaleza de las cosas y la realidad del mundo como algo explicable solo a través de un duro proceso de conocimiento por fases, una especie de precedente del famoso mito de la caverna de Platón, al contrario que los filósofos de la escuela de UN POQUITO DE SILENCIO POR AHÍ -dijo entonces el Tomás, sin mirar a nadie en particular.

El Tomás era un buen tipo, pero durante aquellos días estuvo muy pesado con tanto filósofo griego, tanto mito de la caverna y tanta historia. Él siempre decía que la suya era posiblemente la asignatura más importante de todas; decía que la filosofía consistía en pisar el terreno de lo que no sabíamos, estar con la luz apagada y hacernos preguntas en la oscuridad. Todo eso sonaba muy bien, pero yo, cuando apagaba la luz, me dormía, y cuando pensaba en lo que no sabía, me ponía malo. Por ejemplo, yo no sabía qué iba a pasar con el examen de matemáticas que teníamos a última hora, después de filosofía. O mejor dicho, sí lo sabía: iba a suspenderlo. Tampoco sabía qué iba a pasar con mi aneurisma ni cuándo me iban a operar los *charcutiers*, que era como llamaba Emilio a los cirujanos. Tampoco sabía qué iba a pasar con Blanca esa tarde, y eso sí que me tenía preocupado. Ella había insistido mucho en que nos viéramos después de clase. 'Para hablar', me dijo por teléfono. 'No sé qué es, pero me huelo algo, Blanca. Mi madre no ha parido un hijo tonto', le dije yo, pero ella no quiso seguir hablando y colgó el teléfono.

Blanca es maravillosa casi siempre, pero a veces me alegro de que ya no estudiemos en el mismo Centro. No imagino nada peor que llegar una mañana a clase después de una de nuestras discusiones por teléfono y tener que vérmelas con ella delante de todo el mundo.